

que se digna Dios conceder á los principiantes, para que atraídos por este placer, como un animal por un objeto sensible, se entreguen á la vida espiritual. El segundo grado se llama *vida de hombre*, y tal es el de aquellos que no encontrando dulzura sensible combaten por la virtud contra las propias pasiones, cosa propia del hombre; pero añadía el santo que no hay que desalentarse, pues cuando Dios quiere conceder alguna virtud, permite á veces que nos acose y combata el vicio contrario. El tercero puede llamarse *vida de ángeles*, y á él llegaron los que, despues de haberse ejercido por mucho tiempo en domar sus pasiones, recibieron de Dios una vida quieta, apacible y casi angélica aun en este mundo, no esperimentando trabajo ni fastidio en cosa alguna. San Felipe exhortaba á perseverar en el segundo de estos tres grados.

CAPITULO XXXVII.

DE LA TIBIEZA DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

En qué consiste la tibieza, y cómo sucede.

La virtud espiritual es combatida por una gran enfermedad, y es la tibieza, la cual consiste en hallarse poco poseído del temor de Dios y en el poco esfuerzo que se despliega para evitar las ocasiones de ofenderlo; consiste

en nuestra negligencia y apatia que hace que nos ceguemos y no reconozcamos la fealdad de nuestras culpas, las cuales no creemos que sean suficientemente graves para hacernos perder la gracia. Consiste igualmente en no tener gusto por la oracion ni piedad interior por los deberes de nuestro estado; ejecutar con negligencia y frialdad las obras del ministerio y los actos exteriores de la virtud; en descuidar de combatir el propio humor, reprimir las propias pasiones, pretendiendo agradar á la vez al mundo y al Evangelio, tomando algo de uno y algo del otro, para forjarse una devocion fantástica y caprichosa. Asi se vive ni frio ni caluroso, ni en el vicio ni en la virtud. Tal es el estado de la tibieza.

Se cae en este estado poco á poco, por negligencia ú omision de algunos ejercicios devotos, por el abandono de la oracion y mortificacion, por el desprecio de las cosas ligeras y pecados veniales, y por otras muchas causas que abruman poco á poco la conciencia, disminuyen la gracia de Dios, y acaban por conducir al relajamiento y ruina. No hay estado de que mas difícil sea salir.

ART. II

Peligro de la tibieza.

La tibieza priva al alma del vigor que necesita para resistir á la tentacion, é insensiblemente la conduce á un estado de languidez y apocamiento espiritual que es la imagen de la muerte. Una fiebre lenta es siempre mortal, y no solo es difícil que recobre el alma su salud y energia, sino que escape al letargo de una estrema insensibilidad.

Esta debe provenir por dos razones : la primera de parte de la misma persona tibia que no conoce su estado, y no se persuade que se halla en el estado de tibieza, pues se acostumbra á sus defectos, se familiariza con el pecado, de nada se desconfia, en nada le conmueven las mas sólidas verdades de la fe, no hace caso alguno de los pecados que ligeros cree, los comete sin temor y descuida toda cautela, no temiendo nada donde todo debería temerlo. El disgusto que siente en los ejercicios de piedad lo toma por moderacion, ó cuando menos por una virtud mediana que le parece suficiente; con el exterior de una falsa virtud aparta la vista de la propia miseria; se lisonjea que no tiene mas que defectos ó pecados veniales, mas, sin quererlo conocer, se halla probablemente en pecado mortal. Tal es la vía que parece recta y que conduce á la muerte : *Est via que videtur homini recta, et novissima ejus ducunt ad mortem* (Prov., 16, 25).

La segunda razon es de parte de Dios. El abuso que hace un sacerdote tibio de las gracias é inspiraciones de Dios que recibió con tanta abundancia, indigno lo vuelve de la gracia preciosa de convertirse á Dios, y pocas recibirá pues infiel se muestra aun en las pocas que recibe. El bien aparente que hace arguye que no peca por olvido de Dios; mas el modo lánguido é imperfecto en que efectua ese poco bien indica la poca idea, ó mas bien el desprecio por un Dios que sirve con tanta negligencia, negligencia que será reciproca.

Si le cansa el servir á Dios tambien se cansa Dios de él, y mas ofende al Señor la apatia negligente con que le sirve un sacerdote despues de tantos favores, que las caidas de las personas seculares : *Incipiam te vomere de ore meo* (Apoc., c. 5), palabras que significan que

caerá poco á poco en la reprobacion y en el abandono de Dios, resultado que acarrea el poco fervor en las cosas divinas, resultado fatal si bien lento, pues el Señor que despierta con estrépito al pecador, hará silencio é impedirá en cierto modo el ruido que podria despertar un alma tibia; de modo que será reprobado sin temerlo, y morirá infeliz en su letargo, pues, como dice san Ambrosio, Dios abandona á los negligentes. Tal es la causa de perdicion de muchos sacerdotes.

ART. III.

Necesidad y medios de reclamar el fervor de la vida espiritual.

Dios quiere que le sirvan sus ministros con el fervor de los serafines en el cielo; quiere ser servido en espíritu y verdad, pues mira mas al corazon que á la mano. El corazon del sacerdote debe ser el ara en el cual debe arder siempre el fuego del amor divino. Apenas sentimos que mengua la llama y flaquea en esta vida terrena, debemos avivarla al momento para conservar encendido el fuego de la gracia que recibimos por la imposicion de manos. *Acuérdate del estado que caistes, nos avisa el Señor* (Apoc., c. 2, 5), *haz penitencia, y practica de nuevo buenas obras; de lo contrario vendré yo pronto, y quitaré tu candelero de su lugar*, espresion que se entiende por palabra de abandono y reprobacion. Y no puede ser de otro modo, pues la indolencia con que un sacerdote tibio se acostumbra á hacer las obras mas santas, ultraja gravemente la magestad de Dios que maldice los que efectuan su servicio con negligencia. No, el sacerdocio de Jesucristo no es ministerio de negligencia.

¿ Quien podrá no abrasarse entre los ardores de los mas augustos misterios y entre las oraciones de una vida dedicada al santuario? No nos ilusionemos, no hay medio de servir dos dueños; y pues somos sacerdotes pertenecemos con todo nuestro corazon á Jesucristo.

Examinaos bien, hermanos míos, y ved sino os amenaza una enfermedad que harto á menudo ataca las personas que están obligadas á hacer profesion de piedad. Si los primeros sintomas del mal sentís, no hesiteis en hacer todo lo que á vuestra cura pueda contribuir, como ir á algun retiro para practicar los santos ejercicios, emprender con nuevo ardor vuestras devociones, exactamente observar vuestro reglamento de vida, etc.

Nunca brilla mas el fervor que en la exacta puntualidad. Renovad vuestros propósitos; sea vuestro precepto y delicadeza evitar con toda atencion los menores defectos; practicad alguna mortificacion para despertar el espíritu de devocion, mas sobre todo acudid á la oracion. Para sublimar un sacerdote de la tibieza se requiere una gracia portentosa, y esta Dios la concede á la oracion y humildad. Gemid y rogad con el profeta : *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me (Psalm. 70)*. ¡ Ah Señor! No me desecheis en el tiempo de mi languidez, y no me abandoneis cuando me abandona mi fervor.

CAPITULO XXXVIII.

DE LA IMITACION DE JESUCRISTO.

ARTÍCULO I.

Deber que tienen los sacerdotes de imitar á Jesucristo para asemejarse á Dios, en cuanto puede efectuarlo la naturaleza humana, y para nuestra propia perfeccion.

Dios es el sumo modelo y el manantial de toda perfeccion. Todo hombre criado á su imágen tiene obligacion de perfeccionar su semejanza con Dios por medio de la sabiduria y de una vida santa. Esta imitacion hubiera sido el estudio del hombre inocente; mas el pecado lo volvió incapaz de uniformarse con un modelo tan sublime, y por este motivo quiso encarnarse el verbo divino y hacerse pequeño para acomodarse á nuestra miseria; por este motivo quiso bajar entre nosotros para ser no solo nuestro Salvador sino tambien nuestro dechado, revisitando nuestra condicion humana para que fuésemos, en cierto modo, dioses : *Simus ut Christus*, decia el Nacianceno, *quoniam Christus quoque sicut nos : efficiamur dii propter ipsum, quoniam ipse quoque propter nos homo factus est (Orat. 40, in Pasch.)*. Jesucristo es la imágen de Dios : *Qui est imago Dei (Hebræ., 1, 3)*, y uno con el Padre : *Ego et Pater unum sumus (Joann., 10, 30)*. Luego al imitarlo á Dios imitamos, y al reformar

nuestra imagen segun tan admirable modelo, se perfecciona nuestra semejanza original con Dios.

ART. II.

Deber de los sacerdotes de imitar á Jesucristo para contribuir con su ejemplo á que lo imiten los fieles, y por consiguiente á la perfeccion de estos.

Jesucristo parece un modelo muy elevado para la multitud de los fieles. Al subir á los cielos con su santísima humanidad, las débiles miradas humanas no se alcanzan fácilmente á la imitacion de sus divinos ejemplos. Mas á los sacerdotes sus ministros y confidentes toca hallarse llenos de su espíritu, y copiar en sí mismos las admirables líneas de Jesucristo para conservar continuamente su viva imagen á los ojos de todos los fieles, cabiéndoles obligación de imitarlo no solo por sí mismos, sino tambien por el pueblo, no solo por la propia sino por la santificacion de los fieles. Como tienen á su cargo el guiar á estos en la imitacion de la cabeza de los predestinados, importa que ellos mismos les precedan siguiendo las divinas huellas, y que siempre presenten á los ojos de la multitud que seguirlos debe otras tantas copias vivas del divino dechado. De este modo los fieles no tendrán mas que imitar á los sacerdotes, modelos mucho mas fáciles y cercanos, para llegar á imitar al mismo Jesucristo, y cada sacerdote podrá decirles con el apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (1 Corint., c. 2, 1).

ART. III.

Deber mas especial que tienen los sacerdotes de imitar á Jesucristo á causa del espíritu de su vocacion y la facilidad de su estado.

No podemos entrar en el sacerdocio sin proponernos

seguir al supremo sacerdote y al pontífice máximo que es Jesucristo. El mismo Salvador nos intima la orden de seguir sus huellas si queremos ser sus ministros: *Si quis me ministrat me sequatur* (Joann., c. 12, 26). Antes de separarse de los apóstoles concluida la última Cena, y despues de lavarles los piés, les repitió las mismas ordenes y se propuso como modelo, dejando asi por testamento á sus ministros el hacer lo que hizo él mismo: *Exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (Joann., 14, 15), lo cual debe entenderse no solo por lo que concierne á esta accion sino tambien todas las demas de su vida, siendo este un deber intrinseco de nuestra vocacion. Cuando el supremo pastor invisible de la Iglesia, Jesucristo nuestro Salvador, nos llama á su sacerdocio, en el mismo momento nos obliga á imitarlo: *Venite post me... sequere me*; pues no se sigue á Jesucristo si no se le imita: *Quid est me sequatur*, pregunta san Agustin, *nisi me imitetur*? Aun cuando queden atras en las vias del Señor los demas fieles, como mas débiles y agravados con los intereses del mundo, los sacerdotes deben seguirlo mas de cerca, pues se hallan aligerados de todos los pesos del siglo y por consiguiente con mas facilidad para caminar; y fuera de esto porque reciben mas gracias y se encuentran corroborados todos los dias con el pan celestial, con cuya fortaleza podemos como Elias seguir en las mas altas cimas las huellas del Hijo de Dios. Los sacerdotes son los amigos, los ministros, los confidentes, los verdaderos siervos de Jesucristo, y por consiguiente no deben apartarse de su lado y seguirle á donde plazca conducirlo: *Ubi sum ego, illic et minister meus erit* (Joann., 12, 26).

ART. IV.

No es solamente un deber la imitacion de Jesucristo, sin una condicion sin la cual no podemos esperar salvarnos.

Nadie puede llegar al reino de los cielos, y especialmente los eclesiásticos, si no imitan á Jesucristo, pues en esto estriba toda santificacion y esperanza legitima del bien supremo. No hay salvacion sin predestinacion, la cual es el patrimonio de los que imitan al Salvador, y esta verdad es un artículo de fe definido por san Pablo. Todos los que, dice el apóstol, prevee Dios que deben contar en el número de sus elegidos, los predestina á ser semejantes á la imágen de su hijo Jesucristo : *Quos præscivit, et prædestinavit conformes fieri imagines filii sui* (Rom., c. 8). En efecto la predestinacion es efecto de una bondad y ternura particular que tiene Dios para con ciertas personas que quiere distinguir de las demas; mas esta bondad y ternura de Dios tan solo son para los que se asemejan á Jesucristo, pues, siendo el primogénito de los predestinados, todos los demas deben ser sus hermanos y semejantes á él; y este primogénito es el modelo de todos los elegidos : *Ego in eis et tu in me* (Joann., c. 12); yo vivo en ellos y tú en mí. Tal es la necesidad que tenemos de unirnos al Redentor, y ninguno puede ir al Padre eterno sino por medio de su hijo Jesucristo, y procurando imitar á este divino modelo.

Y tan solo esto significan las palabras mismas del Hijo de Dios, cuando nos dice : *Yo soy la puerta, la via, el guia, la vida, la verdad*; y resulta que no hay bienaventuranza sino para aquel que sigue este guia, que camina en esta senda, que entra por esta puerta. Tam-

bien nos dice san Pablo : *El que no tiene el espíritu de Jesucristo no es del número de sus elegidos* (Rom., 8.v.9). Tener el espíritu de Jesucristo es imitarlo y procurar asemejarse al hijo de Dios; luego sin imitar á Jesucristo no contaremos en el número de sus elegidos : *El que dice que está en él, este debe andar como él anduvo* (Joann., ep. 1, c. 2, 6). Luego debemos ser conformes á Jesucristo, tener los mismos sentimientos, los mismos afectos, las mismas humillaciones, y solo así podemos esperar salvarnos, pues, como dice el apóstol (Rom., c. 8, 4), no hay temor de condenacion para los que están en Jesucristo, y caminan segun él y no segun la carne : *Nihil ergo damnationis est iis qui sunt in Christo Jesu, qui non secundum carnem ambulant.*

ART. V.

Como podemos imitar á Jesucristo y progresar en esta imitacion.

Si queremos ser copias fieles de Jesucristo á los ojos del pueblo, debemos estudiar nosotros mismos este divino modelo. Para imitar á Jesucristo, debemos cavar profunda y activamente hasta encontrar este tesoro de todas las perfecciones, pues es *un Dios oculto*, como lo llama el profeta : *Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel salvator* (Isai., c. 45, 15). Se oculta á los curiosos y soberbios, y se descubre á los corazones simples, á las almas humildes, á los espíritus iluminados por la oracion. Abramos los santos evangelios; sigamos con humildad y ternura todos los pasos del hombre Dios; escuchemos con atencion sus exhortaciones, sus respuestas, sus máximas divinas; admiremos con devocion sus obras ma-

ravillosas; notemos la modestia de su hablar, la dulzura de sus palabras, la caridad, la humildad, la mansedumbre, el zelo por la gloria de su Padre... ¡Oh! ¡cuán dulce es adorar al Dios recién-nacido en el pesebre, en que reposa sobre la paja, llorar sobre la falsa grandeza del siglo, y formar el firme propósito de amar con Jesucristo la indigencia y bajeza en la tierra, para ser grandes con el Hijo de Dios en el cielo! ¡Cuán admirable es ver la inagotable caridad del Salvador para con los enfermos y afligidos, tanta compasion para con los pobres, tanta dulzura para con los pecadores, y grabar en nuestros corazones tan admirables y tiernos sentimientos! ¡Cuán bello es verlo retirarse y postrarse en oracion ante su eterno Padre! ¡Cuán sublime es oirlo hablar con la autoridad y dignidad de un gran sacerdote cuando aterra la audacia temeraria de los pecadores empedernidos, y revela la hipocresia de los fariseos, contra los cuales levanta la voz con una franqueza superior á todos los respetos del mundo! Su pasion sobre todo es la escuela de toda virtud. ¡Qué paciencia, qué mansedumbre, qué dignidad entre los oprobios y ludibrios de un populacho desenfrenado! Y observemos con san Juan Crisóstomo que no nos manda el Salvador que lo imitemos en las obras de su omnipotencia, como resucitar á los muertos, dar la vista á los ciegos, aplacar la furia de los mares, sino que lo sigamos en sus divinas humillaciones y dolores.

Animado de estos sentimientos medita bien la vida de Jesucristo, y, en medio de vuestra meditacion, volved á menudo los ojos al crucifijo, rogad, amad, suspirad, invocad ese divino modelo, procurando no solo imprimirlo en vuestro espiritu, sino tambien traducirlo en

práctica é inscribir en vuestra conducta cotidiana sus divinas lecciones. Decios á vos mismo á cada ocasion: ¿Qué haria Jesucristo? ¿Qué manda Jesucristo? Que tal sea vuestra regla, que este sea el libro que debeis consultar en todas vuestras acciones: *Summum egitur studium nostrum sit in vita Jesu Christi meditari* (Kemp., de *Imit.*, lib. 1, c. 1). De este modo conseguireis progresar en su imitacion; y modelando vuestra vida sobre la suya, y aspirando en todo su buen olor, podreis esclamar con el apóstol: *Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Galat. 2, 20).

ART. VI.

Paralelo entre nosotros y Jesucristo, nuestro modelo.

¿Cuál es mi punto de semejanza con Jesucristo? Jesus es humilde y yo soberbio y ambicioso; Jesus obediente, y yo indócil y caprichoso; Jesus pobre y yo ávido de ganancias y riquezas; Jesus se fatigó por la salvacion del mundo, y yo paso mi vida en el ocio, sin haber salvado un alma sola; Jesus ayuna en el desierto, y sediento en la cruz recibe hiel y vinagre; y yo me hallo lleno de apetitos sensuales, busco el placer, y me abandono á la gula; Jesus vive en la oracion, y yo en la dissipacion; Jesus es manso, y yo iracundo, impaciente y vengativo; Jesus lleno de caridad ama á todos, á todos perdona, por todos se ofrece, y yo soy duro para con los pobres, impaciente para los que se hallan en la tribulacion, áspero para con todos; Jesus desprecia al mundo y condena sus máximas, y yo me hallo avasallado por las ideas del siglo; Jesus se hallaba ultrajado, abofeteado, escupido,

llo de dolores, y yo en el regalo, lleno de comodidades, siempre deseoso de placeres; Jesus calla acusado, ni abre la boca al recibir tantas ignominias, y yo no puedo sufrir la menor injuria sin lamentarme, y á veces sin vengarme ó desear la venganza... ¡Oh! ¡cuán lejos estoy de tan admirable dechado! El hábito de su ministerio llevo, mas nada mas, pues lejos estoy de tener su espíritu. Y no obstante *su siervo debe hallarse donde estuvo* él mismo en el curso de su vida mortal, si quiere llegar un dia á la morada de gloria en que está ahora á la derecha de su Padre.

CAPITULO XXXIX.

DE LA OBLIGACION Y MEDIOS DE PROGRESAR EN LA PERFECCION.

ARTÍCULO I.

Motivos de la perfeccion de los eclesiásticos.

El estado del cristiano obliga á la perfeccion, mas el sacerdocio exige una perfeccion mayor, y requiere la santidad misma, pues como nuestra vida debe servir de modelo á los fieles, es evidente que el modelo debe ser mas perfecto que las copias. El ejemplo del sacerdote debe guiar á los fieles á la perfeccion, y esta es un deber de nuestro estado, pues tal es la voluntad del Señor que nos dice: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre*

celestial (Math., 5, 48); y si nos admite Jesucristo á la dignidad de compañeros y amigos suyos es con la condicion que seamos perfectos y santos. Dios es santo y exige que tambien lo sean los ministros que se acercan de su presencia, lo que manifiesta en varios pasages del Levítico: *Sanctificabor in iis, qui appropinquant mihi... Sancti estote quia ego sanctus sum* (Levit., 10, 3, 11, 44). Ademas es decoro y honra nuestra el ser mediadores entre Dios y nuestros hermanos, mas solo una vida luminosa á los ojos de Dios puede volvernos dignos de tan sublime cargo. ¿Cual es vuestro designio, decia san Gregorio (*Part.*, p. 1, c. 10), al apropiaros el derecho de interceder á Dios por el pueblo, si no os hallais elevados y familiarizados con su gracia por la perfeccion y mérito de vuestra vida?

La misma santidad del sacerdocio no puede menos de requerir la del sacerdote, y queda deprimida la soberana escelencia de nuestro ministerio al ser confiado á un hombre de esta tierra; mas si no es perfecto y santo este hombre, queda profanado el sacerdocio. Hasta la misma perfeccion exterior que exigia Dios de todos los que debian servirle como ministros en la antigua ley (Levit., c. 21, v. 18, 19, etc.), la cual no era mas que la figura de la de Jesucristo, nos enseña que debe ser mucho mas zeloso de la perfeccion interior y espiritual de los sacerdotes de la nueva ley. Dios llamaba en el Levítico santa la uncion de los sacerdotes, santos sus vestidos, santos los mismos sacerdotes, que solo ofrecian sacrificios de animales; y ¿no deberán ser santos los sacerdotes de Jesucristo, que tratan cosas mas santas, que suceden en un sacerdocio mas sublime, que representan la misma persona de Jesucristo, que ejercen su divino poder, que